

IDILIO VII.

Aquella vez que en sus establos loco
Danzaba con frenética alegría,
Un néctar semejante al que en las aras
De Céres Areal libais, ¡oh Ninfas!

¡Ojalá que otra vez pueda mi bielda
Introducir en su cosecha; y ría
La Diosa, en ambas manos ostentando
Manojos de amapolas y de espigas!



IDILIO VIII.

LOS

CANTORES BUCÓLICOS.

A DON GONZALO A. ESTEVA.

ARGUMENTO.



ESTE Idilio, que lleva el mismo título que el sexto, es en parte narrativo y en parte dramático. MENALCAS desafia á DAFNIS á cantar, y aceptado el reto deposita cada cual como prenda su propia zampoña. Un Cabrero, cuyo nombre no se expresa, decide la contienda en favor de Dafnis. La escena pasa en Sicilia.

La Egloga 7ª de Virgilio se parece mucho á la presente.

DAFNIS, MENALCAS, CABRERO.

Aparentaba Dafnis el hermoso
Sus bueyes, como es fama, cierto dia,
Y Menalcas, que el monte cavernoso
Cuidando sus ovejas recorria,
A su encuentro salió. La cabellera
Rubia de entrambos era,

IDILIO VIII.

Y ni á uno ni otro mozo
Aun apuntaba el bozo;
En pulsar el sonoro caramillo
Entrambos eran diestros,
Y ambos á dos en el cantar maestros.
Apénas vió Menalcas al sencillo
Dafnis, así le dijo dulcemente:

MENALCAS.

¡Dafnis, custodio de la grey mugiente!
¿Quieres cantar conmigo?
Juro que siempre que en luchar insista
La certidumbre de vencerte abrigo.

Y así replicó Dafnis á su amigo:

DAFNIS.

¡De lanígera grey pastor y encanto,
Menalcas, gran flautista!
Jamás me vencerás aunque de tanto
Soplar, reviente tu garganta el canto.

MENALCAS.

¿Lo quieres ver? ¿Apuestas una prenda?

DAFNIS.

Apostaré una prenda; verlo quiero.

IDILIO VIII.

MENALCAS.

¿Cuál el premio será de la contienda?

DAFNIS.

Yo apostaré un becerro: tú un cordero
No menor que la madre.

MENALCAS.

¡Oh no! Mi suerte
Un corderillo de apostar me guarde.
Que duro padre, advierte,
Y madre tengo de carácter fuerte,
Y las ovejas cuentan cada tarde.

DAFNIS.

Pues algo en poner piensa
Que sirva al vencedor de recompensa.

MENALCAS.

De nueve voces tengo bien forjada
Una zampoña, arriba al par que abajo
Con blanca cera unida: es mi trabajo
Y ésta pondré; mas de mi padre, nada.

DAFNIS.

También yo tengo ahora
Mi zampoña sonora.

IDILIO VIII.

Nueve voces espléndidas numera
 Y abajo al par que arriba
 La une cándida cera;
 Poco há la trabajó mi mano activa,
 Por señas que me duele aun este dedo,
 Que se rajó un carrizo
 Y honda herida me hizo:
 Ponerla, pues, junto á la tuya puedo.

Mas, ¿quién el juez será de las canciones,
 O quién nos impondrá sus decisiones?

MENALCAS.

Llamemos, si te cuadra,
 A aquel Cabrero, á quien el can Nevado²
 Junto á las cabras importuno ladra.

Le hablaron los donceles, y al llamado
 El Cabrero acudió, de ser contento
 Juez en la dulce lid. Suertes tirando
 Ser primero tocó á Menalcas blando,
 Y Dafnis el festivo
 Replicó modulando
 En pastoril cantar alternativo.

Y principió el conuento
 Menalcas, estas notas dando al viento:

MENALCAS.

¡Ríos y valles, creacion divina!³
 Si supo con primor

IDILIO VIII.

Hacer sonar la fístula argentina
 Menalcas el cantor,
 A mis ovejas dad pasto sabroso
 Con liberalidad,
 Y á las vacas de Dafnis el hermoso
 Igual favor mostrad.

DAFNIS.

¡Fuentes y yerbas, gérmenes sagrados!

Si Dafnis el pastor
 Sabe entonar cantares acordados
 Cual dulce ruiseñor,
 Mis vacas engordad. Y si corderos
 Menalcas trae aquí
 Rica pastura encuentren placenteros,
 Y dadles más que á mí.

MENALCAS.

Reina doquier fecunda primavera,
 Hay pastos por doquier,
 Y leche los corderos van doquiera
 Contentos á beber,
 Cuando mi ninfa bella se aparece:
 Mas ¡ay! á su partir,
 La verde yerba lánguida perece,
 Se ve al zagal morir.

IDILIO VIII.

DAFNIS.

Mil cabritillas hay de prole doble
Y ovejas sin rival;
Más alto crece el gigantesco roble,
Más lleno está el panal,
Cuando la linda Filis se presenta.
Párte, y decae el buey,
Y más decae el triste que apacienta
A la cornuda grey.

MENALCAS.

¡Oh de las cabras cándidas marido!
¡Oh selva colosal!
¡Romos cabritos! Filis ha venido,
Llegad al manantial.
¡Carnero descornado! Dí á mi ninfa
Que aunque divino ser
Tiene Proteo,⁴ en la marina linfa
Las focas va á pacer.

DAFNIS.

Ni de Pélope⁵ el reino, ni talentos
De oro mi sueño són:
Ni en la carrera á los ligeros vientos
Vencer es mi ambicion.

IDILIO VIII.

En gruta amena junto á tí me basta
Pacífico cantar
La grey mirando que en el monte pasta
Y el Siciliano mar.

MENALCAS.

Terrible es á las plantas el invierno
Y al labrador la sed;
Terrible el lazo al pajarillo tierno
Como al leon la red.
Mata al zagal amor de virgen pura;
¡Ay! No amo solo yo:
Tambien ¡oh Padre Jove! á la hermosura
Tu majestad amó.

Así cantaron alternados versos,
Y como última prueba,
Menalcas empezó contienda nueva
Con vario metro y cánticos diversos:

MENALCAS.

¡Oh lobo! Ten piedad de mi rebaño,
¡Oh lobo! Mis cabritas no devores,
Y aunque siendo el menor de los pastores
Cuido tamaña grey, no me hagas daño.

¡Lampuro, mi mastin! ¿Qué sueño extraño
Adormeció tus ojos veladores?

IDILIO VIII.

Soy niño: es fuerza que el dormir ignores
 Cuando al pacer contigo me acompaño.

¡Bellísimas ovejas! No os desplazca
 Saciaros en los prados con el heno,
 Y no temais el que otra vez no nazca.

Pastad, pastad: colmad el blando seno.
 Su dulce leche á vuestros hijos pazca
 Y súbren para henchir el vaso ajeno.

Y así la voz facunda
 De Dafnis prosiguió la lid segunda.

DAFNIS.

Con mis becerros por el antro umbroso
 Pasaba ayer, cuando á asomarse vino
 Mi ninfa bella, de mirar divino,
 De unidas cejas⁶ y ademán gracioso.

Y me llamó tan dulce: "*hermoso, hermoso,*"
 Que oír creyeras de jilguero el trino:
 Con ojos bajos proseguí el camino
 Sin responder palabra vergonzoso.

Dulce es la voz, dulcísimo el aliento
 De la becerria; dulce en el verano
 Cabe arroyo gentil dormir al viento.

IDILIO VIII.

Sus frutos á la encina y al manzano,
 Sus hijos á la vaca dan contento:
 En su grey el pastor se goza ufano.

Tal fué de los donceles armoniosos
 El músico ejercicio
 Y así el Cabrero pronunció su juicio:

CABRERO.

¡Cuán dulces y sabrosos
 Oh Dafnis, son tus labios, manantiales
 De mágicos hechizos! Es más grato
 Tu canto oír un rato
 Que ir á libar la miel de cien panales.

Recibe las zampoñas; tú venciste:
 Y si mi buena estrella
 Hace que yo tu voluntad conquiste,
 Que me enseñes te ruego; yo tu huella
 Seguiré por el prado
 Cuando vayas paciendo tu ganado.
 Después en recompensa
 De tus afanes tiernos
 Aquella cabra te daré sin cuernos
 Que con su leche densa
 Al ordeñarse llena taza inmensa.

Llenó inefable gozo
 Al triunfante mozo;

IDILIO VIII.

Batió las palmas y danzó festivo,
Como en los montes salta tierno ciervo
De ausente madre al anhelado arribo.
Entanto, presa de dolor acerbo
Quedó el zagal vencido
Cuál vírgen que llevó tutor protervo
Al dominio de esposo aborrecido.

A Dafnis los pastores
Llamaron de aquel día
El primero y mejor de los cantores;
Y, mozo todavía,
Le entregaron de amor en testimonio
A Náyade⁷ la ninfa en matrimonio.



IDILIO IX.

EL PASTOR

O LOS VAQUEROS.

ARGUMENTO.

DAFNIS Y MENALCAS, provocados á cantar en desafío por un pastor amigo de ambos, cantan alternativamente, y á cada uno se adjudica un premio. La escena pasa en Sicilia. El Pastor habla en este Idilio, y canta despues de sus compañeros.

DAFNIS, MENALCAS.

Un himno pastoril ¡oh Dafnis! canta.
En el suave cantar sé tú primero:
¿Oyes? primero tú la voz levanta.

Que te siga despues Menalcas quiero.
Las vacas no paridas con los toros,
Con la madre dejad cada ternero.